

ALFAGUARA



Carme Riera

Tiempo de inocencia

Ara que ja de tanta cosa torno...
El cor encara vol tornar a gronxar-se
desbocat a les barques de la fira;
i dic que sí, que en mi tot clama d'esma
cap aquella petita esborrajada.*

CLEMENTINA ARDERIU

* Ahora que ya de tantas cosas vuelvo... / El corazón aún quiere mecerse / desbocado en las barcas de la feria; / digo que sí, que todo imperceptiblemente clama / aquella locuela tan pequeña.

Índice

A manera de prólogo	15
Sones y olores del paraíso	19
Nacimiento	22
La mano del padre	26
La abuela	28
El abuelo Pau	32
Tíos y cruceros	36
La tía	40
Casas	44
<i>Sachers</i> y ensaimadas	48
Los cipreses cantan	52
La guerra	57
El hombrecillo del sueño	61
Sabañones	64
Tormentas	68
Chuetona	71
No atábamos los perros con longanizas	74
Invisibles, hambrientos y clandestinos	78
Muñecas	82
Hermanos	85
Un fantasma en el colegio	88
Camino de las Trinitarias	91
Formas	94
Campanas, relojes, plumas y secantes	97
Lectura	100
El virus de la lectura	103
La flor azul romanial	106
Los poetas de la abuela	110
<i>Mestre</i> Pedro	114

Olivos milagrosos	119
Juegos de verano con olivos	122
Can Rasca y el olor del paraíso	125
Doña Aina	128
El mes de septiembre y el miedo	132
La Guardia Civil	135
<i>En</i> Tedy	138
Jaume	140
George Sand y el demonio	144
El Domund	148
Las alas	152
Colchones	155
Sancho Panza	158
Mala, malísima	161
Los Reyes	164
La <i>troupe</i> del Trocadero	167
Los vecinos que toman el fresco. <i>Madò</i> Marieta	172
Petrina, <i>mestre</i> Tomeu, <i>madò</i> Vicenta y la colcha	176
<i>Jutipiris</i> , escarnios y muecas	181
El Ram, ¡qué maravilla!	183
Vendedores de palabras	187
Llorenç Villalonga en mi habitación. Cosas de la isla	192
Villalonga y Cela, o sobre pelucas e hipopótamos	196
«Papá, no cantes»	200
El tenor Nadal	202
Las naranjas del Papa	204
El general	207
Ropa tendida	210
Iglesias	214
Los latines de la infancia	217
El basurero	219
Repartidores	222
Visitas	225
Visitas de confianza	230
Púrpura cardenalicia	233
Culpa	236

Culpas y cargas	240
La joroba y la difteria	243
Criatura	246
Tortícolis	249
Educación señoritas	252
Epílogo	255

A manera de prólogo

Jaime Gil de Biedma aseguraba que a partir de los doce años no nos sucede nada importante o por lo menos nada tan importante como lo que nos ha ocurrido hasta entonces. Por lo que a mí respecta, acorto un poco más esa etapa, hasta los diez años. A los once pasé de la infancia a la pubertad de manera repentina y dramática, pero eso ahora no viene al caso. No negaré que de adulta no me hayan pasado cosas fundamentales, pero la intensidad con que las he vivido no puede compararse con el grado de intensidad con el que viví todo cuanto antes me sucedió. Durante la niñez las puertas de la percepción permanecen abiertas de par en par y el mundo se nos antoja nuevo, recién estrenado; su creación, consustancial a nuestro nacimiento. Además, la vida en tiempos de inocencia parece dominada por poderes mágicos. Los reyes que traen juguetes son primos hermanos de las hadas y éstas, en aquella época, del ángel de la guarda. Todos juntos pertenecen al reino de la ilusión en el que los niños habitan.

«Ara que ja de tanta cosa torno...» Ahora que ya de tantas cosas vuelvo, como escribe Clementina Arderiu en un verso sencillo y espléndido, he pensado que era un buen momento para echar la vista atrás y hacia dentro e ir trenzando recuerdos. Mientras movía el calidoscopio del pasado han ido componiéndose imágenes que he ido depositando en un cesto, convertidas —la literatura lo puede todo— en cerezas, y ya se sabe lo que ocurre con las cerezas, una se enlaza con otra.

Recordar significa etimológicamente (del latín *recordari*) volver a pasar por el corazón. Los antiguos creían

que la memoria habitaba en el corazón y a la vez el corazón, en un sentido más amplio, era el centro de las facultades intelectuales, no sólo de los afectos y las pasiones. Así, por ejemplo, saber de coro en castellano equivale a saber de memoria, igual que en francés *par coeur* o en inglés *by heart*. Pero también *recordar* tiene la acepción de recobrar el sentido o, lo que es lo mismo, de despertar, como en las *Coplas* de Manrique o en la canción tradicional: «Recordar, niñas, recordar, / que viene el alba / del señor San Juan», de ahí que esa connotación se avenga tan bien con estas páginas.

Por otra parte, Bernat Metge, en *Lo somni*, recoge la opinión de su época de que la silla o el asiento del alma reside en el corazón. En consecuencia, alma y corazón han funcionado a veces como sinónimos. Para mí, el alma de las personas consiste en su memoria. Pero la memoria casi nunca es objetiva ni fiable sino selectiva, parcial e incluso voluble. A medida que recordamos nos alejamos cada vez más de los hechos, de manera que recordamos no hechos sino recuerdos de hechos. Además, ¿hasta qué punto la imaginación no se inmiscuye en la memoria? Lo señalo porque no querría ser tachada de mentirosa. Sé que mi verdad puede no coincidir con la verdad ajena. No obstante, he consultado la hemeroteca para situar acontecimientos que el hollín de la memoria pudo enmascarar o teñir. Sin embargo, no tengo intención de convertir estas estampas de infancia en un reportaje objetivo y realista sobre la década del cincuenta del siglo pasado. Tampoco quiero enmendarle la plana a la niña que fui y por eso he tratado de que mi visión de adulta no se superpusiera a la visión infantil aunque me pareciera demasiado ingenua e incluso ilusa.

La Mallorca que muestran estas páginas se parece poco a la actual. Los cambios acaecidos a partir de los años sesenta, con la llegada masiva de turistas, modificaron la fisonomía de la isla. Donde había algarrobos, olivos, almendros o pinos se sembraron hoteles, bloques de apar-

tamentos, tiendas de *souvenirs*. Crecieron desvaríos de cemento armado. Los campos dejaron en buena parte de cultivarse y la industria turística se convirtió en nuestra primera fuente de ingresos, aliada, por desgracia, con un desarrollo urbanístico feroz, grato a los asesinos de paisajes. Para bien o para mal, más para mal que para bien, en mi opinión, la Mallorca de mi niñez era otra. Dejar constancia escrita de aquella época me ha permitido, en gran manera, recuperarla.

No cabe duda de que en la infancia prima la sensualidad. Empezamos por ser animales sensitivos más que seres racionales. Las primeras sensaciones son olfativas, auditivas y táctiles. La Mallorca de hace medio siglo olía distinto y los sonidos, tanto los de la ciudad como los del campo, eran diferentes a los de ahora. Los días se sucedían pautados por un orden ligado a las estaciones y a las fiestas de guardar. La religión y unas costumbres conservadas desde hacía siglos, dos características reforzadas por el triunfo del franquismo, señalaban el único camino a seguir. Fuera de sus límites no cabía más destino que el infierno. Por eso, a los demás miedos infantiles, a la oscuridad, a los extraños, a ser abandonados, etcétera, los niños y niñas venidos al mundo a mediados del siglo xx teníamos que añadir el terror al infierno, siempre ligado al sentimiento de culpa. Nuestra niñez no fue, creo, demasiado feliz, por lo menos la mía. Pero me gustaría volver a ser niña, quizá sólo para ver salvados del desastre y la miseria los jardines de las dos casas que habité, en Palma y en Deià, hoy marchitos, mustios, llenos de ortigas. Resisten unos pocos cactus hostiles de púas famélicas y algunos geranios con apenas tres o cuatro hojas en las largas e impúdicas ramas requemadas. Los rosales, flores de cera, peonías, margaritas, dalias, gladiolos, claveles de moro, hortensias que mi padre sembró murieron hace ya mucho tiempo. Pero no quiero caer en tentaciones melancólicas. No deseo que la nostalgia —palabra que significa dolor

por regresar al pasado— me tome entre sus brazos y me haga bailar a su ritmo, valeses o *rock and roll*, qué más da, de derrota. Preferiría que no me abrazara, no fuera que acabara por estrangularme.

La nostalgia, intrínseca a la condición humana, puede convertirse en un arma letal, una bomba debajo del brazo a punto de explotar, o en una herramienta extraordinariamente creadora. Inventamos la literatura para escribir sobre cuanto hemos perdido.

Sones y olores del paraíso

Consustancial a cualquier paraíso es su pérdida, porque, de lo contrario, no sería un paraíso. También en la pérdida se fundamentan nuestras vidas. Con los años, vamos adquiriendo conciencia de que pesa mucho más el pasado que el porvenir, que nuestro principal bagaje consiste en lo que hemos sido. Aunque nos obstinemos en afirmar que cualquier presente se abre al futuro, el futuro no es nuestro. Nuestros son únicamente los años y los días que hemos dejado atrás. Tal vez esa certeza tenga que ver con la muerte del alma que, según Aristóteles, sobreviene hacia los cincuenta años. Al doblar la esquina de la vida, nos guste más o menos, queramos o no queramos aceptarlo, nos topamos de golpe con la certeza de la muerte. Pero eso no es malo, ni siquiera perjudicial, si lo gestionamos bien. Su presencia constante nos induce a aprovechar mejor el tiempo, ganando horas, ya que la sabia naturaleza nos permite dormir menos y nos incita a sacar réditos del pasado, incluso de lo definitivamente perdido.

Lo primero que perdemos es la infancia. La mía era sobre todo un vasto paisaje de olores y de sonidos desaparecidos para siempre jamás. Olores y sonidos entremezclados, en un maridaje agrídulce, como si se tratara de un plato mallorquín de la cocina heredada de los árabes. Olores que sólo he recuperado en parte, combinados con otros que desconocía, en algunos lugares del interior de Marruecos o en los mercados de los pueblos del lejano Rajastán. Olores que el viento del presunto progreso se ha ido encargando de alejar de Mallorca al tiempo que nos iba acercando las nubes que venían de Chernóbil. La radiacti-

vidad viaja de balde, silenciosa, inodora, insípida, a menudo de incógnito. Los más refinados olfatos, las pituitarias más sutiles acostumbradas a los perfumes de marca o a los caldos más deliciosos, soportarían con dificultad aquellos olores que, en especial durante los meses de verano, invadían mi infancia: fetidez de estiércol, pestilencia de orines de vacas y caballos, tufo acre de los cuerpos sudorosos que no conocen los desodorantes, un invento que llegará más tarde, con la televisión, cuando los Seat 600 arrinconen para siempre las tartanas y asnos y mulas se conviertan en especies en extinción.

«Jo llaurava amb en Vermei / i amb en Banyarevolutada / i feia millor llaurada / que l'amo amb so seu "parei"... Arri, arri...» («Yo araba con Vermei / y con Banyarevolutada / y araba mucho mejor / que el amo con su yunta... Arre, arre»).

A los oídos me llega la melodía de la canción de los jornaleros. Una melodía que tiene la misma música que las suras coránicas. Pero entonces yo no lo sabía, como tampoco lo sabían Rafel y Jaume, que araban mientras la cantaban.

En la Mallorca rural de los años cincuenta y sesenta, antes de que el turismo nos invadiera, la tierra se cultivaba y cada metro, cada palmo se aprovechaba para sembrar. En Jaume también se entretenía en limpiar el borde de los olivos. Sin guantes —eso no se estilaba en aquel tiempo—, con sus manos acostumbradas a los cardos y a las ortigas, manos ásperas de campesino, surcadas por venas gruesas y repletas de callos, arrancaba las malas hierbas, de un tirón y con un *«Au ja està»*. Después continuaba labrando y proseguía con la canción: *«Jo llaurava amb en Vermei / i amb en Banyarevolutada / i feia millor llaurada / que l'amo...»*.

La brisa traía del bosque un ligero perfume a pino, a veces, según de dónde soplara, mezclado con el olor a carbonilla. Allí arriba, en la carbonera, solo, vivía en Tià, el carbonero. Bajaba al pueblo los sábados para comprar

algunos víveres, cargado con la romana y un gran saco de carbón que trataba de vender. Sabíamos que se acercaba porque los brazos de la balanza al golpearse sonaban alegres como campanillas y por el olor del carbón que impregnaba las calles, superponiéndose a los de ensaimadas, *crespells* y *cocarrois* recién horneados. Ni el perfume dulce de los membrillos ni el de las rosas del mes de María hubieran sido suficientes para disipar el tufo a carbón.

A mí *en Tià* me da un poco de miedo. Me gusta más el *cossier* —el lañador de vasijas— que todos los jueves visita el pueblo de buena mañana y carretera adelante llega a Sa Marineta. Avisa con un silbido prolongado y de vez en cuando proclama: «*Cossis qui té cossis?... Cossissss!*» («Barreños, ¿quién tiene barreños?»). Suenan las esquilas de los rebaños, son los metales que acompañan los pregones agudos del *cossier*.

Los viernes los gatos callejeros maúllan más que nunca siguiendo a la pescadera, alta y fornida, que, como una diva excelsa, entona su aria particular: «*Ala, al.lotes, comprau, duc peix que bota, alatxeta fina*» («Ala, muchachas, comprad. Traigo pescado que salta, alacha fina»).

El anuncio de la ángela de las *escòrpores* (escorpinas) y de los *molls* (salmonetes) de los veranos de Deià se repite en Palma durante los meses de invierno. Las calles se llenan de olor a mar por lo fresco que está el pescado que trajina en el cesto de mimbre que lleva sobre la cabeza. A veces nos deja escuchar la caracola con la que convoca a la clientela. Y a nuestros oídos llega un milagro: el rumor de las olas de todos los mares del mundo.

Sobre la autora

Carme Riera es catedrática de Literatura Española en la Universidad Autónoma de Barcelona. Entre sus novelas destacan *En el último azul* (Alfaguara, 1995), premios Nacional de Narrativa, Josep Pla, Crexells, Lletra d'Or y Premio Vittorini a la mejor novela extranjera publicada en Italia en el año 2000; *Por el cielo y más allá* (Alfaguara, 2000), Premio de la Crítica Serra d'Or; *La mitad del alma* (Alfaguara, 2005), Premio Sant Jordi 2003; *El verano del inglés* (Alfaguara, 2006) y *Naturaleza casi muerta* (Alfaguara, 2012). Su obra ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, portugués, francés, ruso, griego, holandés, rumano, hebreo, húngaro, turco y eslovaco. En 2001 recibió el Premio Nacional de Cultura concedido por la Generalitat de Cataluña. Es miembro de la Real Academia de la Lengua.